

DESAPRENDER ES DE SABIOS

El oficio fotográfico era una carrera larga y dura antes de que aparecieran las primeras *mavicas*, ordenadores y páginas web. Había que aprender óptica, química y mecánica, además de historia, teoría y técnica de la fotografía. Y había que hacerlo husmeando en libros amarillentos, preguntando a los colegas, leyendo revistas extranjeras, encerrándose muchas horas en el laboratorio... Luego llegaron las escuelas, los *iphone* e Internet y el mundo fotográfico se tambaleó. Información disponible por todas partes, montones de concursos a las que presentarse y miles de páginas web en las que publicar tus fotos provocaron una oleada de propietarios-de-réflex-digital-al-cuello pretendiendo ser fotógrafos. Y se extendió la confusión.

Algunos fotógrafos, horrorizados ante el frenesí digital, se atrincheraron en sus conocimientos alquímicos y el instante decisivo mientras gritaban desde sus refugios que el fin de los tiempos estaba próximo. Otros se tiraron de cabeza a la piscina de los píxeles, vendieron todo su equipo analógico y se convirtieron en los reyes del *HDR* o *Instagram*. Y el resto, aprendieron a usar las nuevas herramientas, se abrieron un blog y siguieron trabajando discretamente como siempre habían hecho, como fotógrafos. Josep Bou pertenece a esta última categoría, aunque no lo parezca porque en 2005, cuando lo digital ya era un turbulento mar donde todo el mundo se afanaba en nadar, no importaba hacia dónde, cogió a su Teresa de la mano y le preguntó: ¿nos vamos? Y se fueron. Lo vendieron todo, empaquetaron sus bártulos en un día y se instalaron en un pueblecito de la maravillosa Conca de Barberá. Pero lejos de sonar a retirada, aquello supuso un nuevo impulso para la obra de Josep. Liberado de las urgencias profesionales de Barcelona, donde había ejercido como uno de los grandes de la fotografía publicitaria, descubrió que los días tenían veinte mil horas y las aprovechó. Revisó su archivo (no ha dejado de hacerlo desde entonces), seleccionó lo mejor y destruyó lo peor, puso orden en su cabeza, creó un festival, una colección de libros y siguió haciendo fotos. En ese momento conocí a Josep.

Lo hice de la mano de otro grande, Pep Escoda, en el *SCAN* de Tarragona, donde acudía cada año con Teresa para darse una vuelta y disfrutar viendo nuevas imágenes. Llegaban en su pequeño coche negro, tan guapos, tan modernos, ¡tan tranquilos! Eso era lo que más me llamaba la atención, sentarte un rato a hablar con ellos era detener el tiempo... Entonces no sabía mucho de Josep, sólo lo que había leído en el manual de Eguizábal *Fotografía publicitaria*, que usaba como bibliografía para mis clases en la Universidad de Murcia. Pero a ratos de buena conversación fui conociendo más. Así supe lo inmensa, y desconocida para mí, que era su obra. También supe de algunos de sus nuevos proyectos, de la cantidad de ideas que bullían en su cabeza. Pero de *Diagonal* no me dijo nada hasta hace unas semanas, cuando Teresa y él me escribieron para pedirme que hiciera este texto. Me pilló por sorpresa, no entendí nada cuando vi las imágenes, me quedé noqueada... Y volví a verlas, leí las notas que Josep había escrito sobre el proyecto, seguí pensando... ¿Se ha vuelto loco? ¿Con los *fotones* que hace Josep me manda una colección de fotos robadas desde el coche? ¿Hechas con compacta??? Y entonces me acordé de Stephen Shore.

Me acordé de lo incómoda que me sentí cuando me topé por primera vez con sus *American Surfaces*. Tampoco entendía nada. Esos *flashazos*, esos encuadres torcidos, esas fotos de la nada... Y el destino me mandó una entrevista por Internet, para que aprendiera. Ahí contaba Stephen que una noche, mientras cenaba en el *loft* de unos amigos en el Soho neoyorkino, escuchó decir a Ansel Adams, con seis vasos de vodka en

el cuerpo, que consideraba que había tenido su cenit creativo, su *creative hot streak*, en los años 40 y que, desde entonces, lo único que había hecho era ganarse la vida, *to keep the pot boiling*. Entonces Shore, como Escarlata en *Lo que el viento se llevó*, se juró no convertirse en eso nunca: “Nunca me copiaré a mí mismo, haciendo imágenes que ya he hecho, solucionando problemas que ya he resuelto, y me obligaré a buscar nuevos temas, nuevos medios, nuevos formatos, nuevas herramientas... No dejaré nunca de explorar...” La traducción es mía y muy libre pero contiene la esencia de aquella entrevista: no copiarse nunca, salir de tu zona de confort, seguir aprendiendo siempre.

Y entonces lo comprendí todo. Comprendí por qué Josep había vuelto a esa Diagonal que tan bien conocía para fotografiarla, por primera vez en su vida, sin guión, desde la intuición, mirándola de reojo, sin llegar a verla, como si fuera un forastero en su propia ciudad... Comprendí que se hubiera olvidado de todo lo que sabía, que hubiera renunciado a sus grandes cámaras, a su equipo de producción, a buscar la mejor luz, el mejor encuadre, el mejor instante... Comprendí, en definitiva, que *Diagonal* era un regalo para los demás, un gesto valiente de un gran maestro que nos decía “adelante, siempre adelante”.

Mónica Lozano

Texto escrito en agosto de 2015 para el libro *DIAGONAL 3.650 DIES DESPRÉS* (*Diagonal, 3.650 días después*), de Josep Bou.